

“Necesitaba un dinerillo para mis gastos. Repartí por el barrio más de 80 carteles: “Estudiante de la ESO da clases particulares de Lengua a niños de Primaria...” Siempre me he movido con gran soltura entre predicados, sintagmas y oraciones subordinadas. No llamaba ni el Tato. Ya casi me había olvidado del tema cuando recibí la sorpresa de mi vida: una señora de 83 años solicitaba mis clases, no para su nieto ni su bisnieto, ¡Sino para ella misma! “Mira, me dijo la anciana, no moriré tranquila hasta que vea puesto en palabras un secreto muy grande que llevo guardando más de setenta años. ¡Tú me ayudarás a escribir mi historia!”

El lunes por la tarde, al salir de clase me fui directamente a casa de la anciana un tanto intrigada. Nada más llegar me tenía preparado un chocolatito caliente con un bizcocho que había hecho ella misma. ¡Qué encanto de mujer! Después de merendar nos pusimos manos a la obra para desentrañar su historia.

Empezó a contarme con su dulce voz que cuando tenía 13 años vivía en un pueblecito de pescadores allá por el norte de Galicia. Corría el verano de 1937. La Guerra Civil estaba en pleno auge. Cáceres es bombardeada. En Aragón irrumpen las fuerzas del general Lister. Y yo, ajena a todas esas circunstancias, paseaba con mi perro tranquilamente por la playa cuando vislumbré a lo lejos un hombre tumbado en la orilla al que le mojaban las olas y no se movía. Me acerqué a él y descubrí que estaba inconsciente. Con la ayuda de mi perro conseguí arrastrarlo hasta una cueva que había sido mi escondite preferido desde niña. Me fui a casa y, sin decir nada, cogí unas mantas, algo de ropa seca y comida y volví lo antes que pude. Cuando volví a entrar en la cueva observé que el hombre había despertado y me miraba recelosamente. Le dije que le traía ropa seca y comida y pareció relajarse. Me acerqué hasta él y le dejé las cosas que le había traído. El hombre me miró agradecido y se puso a devorar la comida con avidez. En lo que comía, le pregunté quién era y qué le había pasado. Cuando terminó me empezó a contar una increíble historia. Pertenece al ejército de derechas, y le habían pedido que se infiltrara como espía en el bando contrario. A mitad de la operación fue descubierto y tuvo que huir monte a través hasta llegar al mar donde encontró una barca escondida y se aventuró a huir en ella. Pero cuando se hizo la noche, comenzó una fuerte tormenta y la barca que iba a la deriva terminó volcando. Él había intentado alcanzar la costa nadando pero lo último que recordaba era haber cedido al agotamiento cuando fuerte ola le empujó hacia la playa dejándole inconsciente. Decidí ir cada día a visitarle y llevarle comida y así estuve cada día hasta que al año más o menos un día al llegar ya no estaba. Quedé confusa y triste porque me había acostumbrado a cuidarle mientras escuchaba sus interesantes historias. Después de otros 2 años, un día viendo las noticias con mis padres, cuál fue mi sorpresa que aquel hombre que había cuidado durante tanto tiempo salía en la televisión formando parte del grupo de gobierno que firmaba su cargo.

Quedé impresionada por la historia que acababa de escuchar y le prometí que la escribiría y se la presentaría para que pudiera guardarla y leérsela a sus nietos.